



“Juan Hernández Luna en la cultura michoacana y universal”  
p. 601-614

*Obras de Miguel León-Portilla*

*Tomo IV. Biografías*

Miguel León-Portilla

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2009

700 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-7630-48-7 (tomo IV, pasta dura)

ISBN 978-607-7630-49-4 (tomo IV, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras\\_leon\\_portilla/543.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/543.html)

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## XXXII. JUAN HERNÁNDEZ LUNA EN LA CULTURA MICHOACANA Y UNIVERSAL

De dos formas principales puede hacerse aportación a la cultura universal. Una, la más obvia, es investigando o creando en un determinado campo de las ciencias, la tecnología, las humanidades o las artes, considerado por su relevancia como de interés para todos sin importar orígenes, lengua, tradiciones y formas de vida. Contribuyen así a la cultura universal, quienes, por ejemplo, la enriquecen con descubrimientos o nuevas teorías en materias como la física, matemática, química, astronomía, geología, biología y medicina o con la formulación de sistemas filosóficos o, en fin, con creaciones literarias y artísticas que, por su mérito, llegan a tenerse como clásicas. A lo largo de la historia han vivido hombres y mujeres en diversos lugares de la Tierra de los que, por haber hecho contribución en alguno de estos géneros, puede con razón afirmarse que han enriquecido la cultura universal.

Otra forma existe de hacer también aportación de valor universal. Cabe ubicarla en lo que en apariencia parece ser extremo opuesto. Me refiero a las investigaciones o creaciones, sobre todo en el ámbito de las humanidades, acometidas en un particular contexto cultural e histórico. Pienso en trabajos de hombres y mujeres que han investigado o creado teniendo presentes las situaciones y requerimientos de su propio medio. Sus obras, sin pretender expresamente universalidad, son realización específica de concepciones o formas de obrar cuya significación, por su ejemplaridad, rebasa los límites espacio-temporales en que se produjeron. La que parecería contribución particular a la propia cultura, adquiere entonces alcances mucho más amplios, en ocasiones de verdad universales. Más aún, puede decirse que toda aportación a la cultura universal se gestó en última instancia en un contexto particular determinado. Precisamente por su autenticidad como logro en el conocimiento y en la creación, su significado llega a ser del interés de otros hasta tenerse como una contribución a la cultura universal. Un ejemplo de esto lo ofrecen el arte, y en general las creaciones espirituales, de los pueblos que florecieron en México antes de la invasión europea.

Es en este marco de ideas en el que quiero situar la vida y la obra del maestro michoacano, doctor Juan Hernández Luna. Como voy a

mostrarlo, haciendo él aportación a la cultura de esta su patria chica, Michoacán, tan rica y atrayente por mil razones, lo ha hecho a la vez a la cultura de México entero y también a la que, por no conocer fronteras, es patrimonio universal de los humanos.

Nació él en esta ilustre y bella ciudad de Morelia, hace pocos años más, me refiero a los tiempos de su infancia, que los muchos otros que lleva entregado plenamente a la docencia y la investigación. Hijo ilustre es él, como otros muy distinguidos michoacanos, del Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo, de la Universidad Michoacana. Concluyó allí la preparatoria, enriquecido con conocimientos que afinaron su visión del mundo y lo encaminaron a elegir aquellos campos del saber a los que habría de dedicarse. Estudió derecho en la Universidad Michoacana en cuyo Colegio de San Nicolás fue profesor de Introducción a la Filosofía. Más tarde fue becario en el que hoy se conoce como Colegio de México, iniciándose allí en lo que sería interés central de su existencia, la filosofía. Continuó y culminó luego sus estudios de maestría y doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Desde muy joven, Hernández Luna aprendió a aunar sus intereses estrictamente académicos con otros que denotan una preocupación de carácter social siempre presente en él. Fue así presidente del Consejo Estudiantil Nicolaita y, más tarde, secretario del Centro Cultural Obrero Francisco Giner de los Ríos en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Concluidos sus estudios, siguió residiendo bastantes años en la capital del país, vinculado a la Universidad Nacional y sirviendo en otros encargos de índole cultural. A lo largo de esos años dio nuevas pruebas de su capacidad de trabajo ya que, ocupando sucesivamente varios puestos administrativos, no descuidó la docencia ni la investigación. Recordaré al menos los puestos más importantes en los que se desempeñó con gran acierto: secretario del Centro de Estudios Filosóficos, el que llegaría a ser Instituto en la Universidad Nacional, secretario de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad al tiempo en que fue su director el doctor Francisco Larroyo; secretario del Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana y secretario general de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos.

Aduciré aquí un recuerdo personal. Conocí al maestro Hernández Luna hacia 1954, es decir cuando era secretario de la Facultad de Filosofía y Letras. Estaba yo concluyendo los estudios del doctorado e investigaba también sobre el tema de mi tesis que iba a ser la filosofía náhuatl. La preparaba bajo la dirección de quien tanto contribuyó a ahondar en



las raíces culturales de México, el padre y doctor Ángel María Garibay K. A pesar de que era mi tutor académico, y podía pensarse por tanto en la seriedad del tema de la tesis, surgieron pronto quienes tuvieron por locura, si no mera necedad, suponer que entre los indios prehispánicos hubiera habido algo así como una filosofía.

Mis primeros contactos con el maestro Hernández Luna mucho me ayudaron a no perder la confianza y continuar con lo que había iniciado. Lo había ido a ver en su calidad de secretario de la Facultad y, después de una cordial y comprensiva charla, me manifestó que consideraba el tema de grande interés y que, guiado por el doctor Garibay, de seguro lo llevaría a buen término. Recuerdo que poco después el mismo don Juan me prestó un ejemplar de la revista *Contemporáneos* en el que se incluía un artículo intitulado "Filosofía de los antiguos mexicanos", de Salvador Domínguez Assiayn. Aunque se trataba de un ensayo bastante breve, sin pretensión de haber acudido a textos en náhuatl, formulaba algunos atinados apuntamientos con apoyo en lo expresado por varios cronistas del siglo XVI. A partir de ese encuentro con el maestro Hernández Luna, nuestra amistad se estrechó. Entre otras cosas, me invitó él a colaborar en la revista de la Facultad que él tenía a su cargo y en la que aparecían trabajos muy valiosos de distinguidos investigadores de dentro y fuera de la Universidad.

Concluida ya mi tesis, tuvo don Juan la generosidad de leerla y hacerme valiosas sugerencias que tomé en cuenta. También se interesó mucho en la conformación del jurado para el examen doctoral. En principio se ofreció a fungir como secretario del tribunal. Sugirió luego que éste fuera presidido por el director de la Facultad, el doctor Francisco Larroyo. Naturalmente, el padre Garibay debía ser también sinodal. Las otras personas escogidas fueron dos muy respetados maestros. Uno fue el doctor Justino Fernández, a la sazón director del Instituto de Investigaciones Estéticas y que había publicado hacía poco su obra clásica sobre Coatlicue. En ella por cierto incluyó una parte que bien puede calificarse de historia de las ideas estéticas aplicadas al arte mesoamericano. El otro sinodal fue el doctor Juan Comas, antropólogo a quien conocía yo desde varios años antes cuando nos encontramos en el Instituto Indigenista Interamericano. Con esta integración del jurado, dispuesta por quien era secretario de la Facultad, se procedió a su debido tiempo al examen, en el que salí bien librado gracias a la generosidad de mis sinodales.

Hablaré ahora de las tareas en que don Juan continuó ocupándose. Por una parte sacó a luz, a lo largo de más de quince años, la prestigiada revista *Filosofía y Letras*, órgano de la Facultad, desde el

número 15 aparecido en 1944 hasta el 65, que fue el último, correspondiente a enero-diciembre de 1959. Esta revista, como pueden comprobarlo cuantos se acerquen a ella, es ejemplo de realizaciones hechas en un contexto determinado y en apariencia sin grandes pretensiones, pero que alcanzan significación verdaderamente universal. En la revista *Filosofía y Letras*, cuyas colaboraciones solicitaba siempre Hernández Luna, hicieron aportación maestros, tanto mexicanos, como españoles transterrados, y de otros orígenes acerca de temas filosóficos, sociológicos, literarios, históricos, jurídicos y otros en el campo de las humanidades. La sola lectura de los sumarios de cada número es en extremo elocuente. Allí aparecen los nombres de no pocos que han contribuido a enriquecer la cultura universal. Alfonso Reyes, José Gaos, Eduardo García Máynez, José Almoína, Rudolf Steiner, Joaquín y Ramón Xirau, Antonio Gómez Robledo, Filmer Northrop, Agustín Yáñez, David García Bacca, Ángel María Garibay, Justino Fernández, Rissieri Frondizi, Herbert Schneider, José María Rocafull, José Ferrater Mora, Patrick Romanell y otros muchos bien conocidos en el mundo de la cultura en México y en otros muchos países. El alma de esta revista, Juan Hernández Luna, buscó así la universalidad.

Otro tanto debe decirse de la serie que inició él bajo el título de *Colección de Filosofía y Letras*, que abarcó 50 volúmenes cuidados con todo esmero por él mismo. En esa serie incluyó trabajos fundamentales para la cultura mexicana y universal. También aparecieron tres suyos, uno acerca de José Torres Orozco, a quien en otra obra de tres volúmenes calificó con razón de “el último positivista mexicano”. Lo universal y lo particular se conjugan, como lo hace ver, en el discurrir filosófico de ese michoacano que elaboró su propia versión de la corriente de pensamiento nacida con Auguste Comte. Dedicó otro volumen en esa serie a un ilustre michoacano, maestro suyo. Me refiero al estudio que intituló *Samuel Ramos. su filosofar sobre lo mexicano*. Ejemplo notable es ciertamente lo alcanzado por Ramos y continuado luego, entre otros por Hernández Luna, que hurgaron en el ser de México y lo mexicano para captar lo más íntimo en él, que es precisamente lo que le confiere significación universal. *Dos ideas sobre la filosofía en la Nueva España* fue la tercera contribución del maestro Juan en esa prestigiada serie dirigida por él.

Mientras proseguía con su labor docente en la Universidad, ahondaba en sus investigaciones, de las que fueron fruto una decena de libros y un número mucho más grande de artículos tanto en la revista *Filosofía y Letras* como en *Cuadernos Americanos*, *Historia Mexicana* y otras publicaciones de México y el extranjero. De modo particular se interesó



en el kantismo y el neokantismo en México, la aportación de los filósofos españoles transterrados, el pensamiento de Miguel Hidalgo, la filosofía de Samuel Ramos y Antonio Caso, la obra del educador Ezequiel A. Chávez, la imagen de América de Alfonso Reyes, el nacimiento y destino de la Universidad de México, el historicismo, el existencialismo, y en general la introducción y cultivo de la filosofía moderna en México. Recordaré además los actos que organizó en homenaje a Miguel de Cervantes, Gotfried Leibnitz, Friedrich Nietzsche, Henri Bergson, figuras próceres de la cultura universal, y asimismo a Antonio Caso y Samuel Ramos que han contribuido a ella con lo suyo, el primero nacido en la ciudad de México y el segundo en la de Zitácuaro, Michoacán.

Periodo de transición, antes del regreso a la tierra natal, fue el que dedicó a la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos. Su trabajo en ella como Secretario general hizo posible que se editaran y distribuyeran más de ochocientos millones de libros y cuadernos de trabajo, instrumento inapreciable para la educación de muchos millones de niños mexicanos.

El permanente interés por descubrir la significación de lo propio en la cultura universal y lo que de ella, en diversos tiempos y formas, se ha asimilado en el ser de México, volvió también a manifestarse en los trabajos del Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita, creado por don Juan, y en sus tareas de investigador de tiempo completo en la Universidad Michoacana. En el Centro de Estudios ha cuidado de la edición de la Biblioteca de Nicolaitas Notables, en la cual se han publicado cerca de 120 volúmenes. Conozco y he leído varios de ellos porque, con su característica generosidad, me ha hecho entrega él de ellos. Haré mención de varios que versan acerca de la persona y obra de fray Alonso de la Veracruz.

Como muy pocos, ejemplifica fray Alonso la realización de lo universal en un contexto en que la teoría enriquece sus significados en contacto directo con la vida cotidiana. Fray Alonso, como lo hace ver Hernández Luna en su estudio introductorio a uno de estos libros, al llegar a la que fue la primera casa de estudios mayores en el continente, el Colegio de Tiripetío, traía en su bagaje intelectual lo mucho que había aprendido durante sus años de estudiante y maestro en las universidades de Salamanca y Alcalá. Había sido discípulo, entre otros, de Antonio de Nebrija, el gran filólogo, lingüista e historiador. También había asistido a las lecciones de los grandes juristas dominicos, Francisco de Vitoria y Domingo de Soto. Sucintamente lo expresa don Juan con estas palabras.

El joven estudiante Alonso Gutiérrez [conocido después como Alonso de la Veracruz] pudo lograr una excelente formación teológica y jurídica al penetrar en lo más íntimo del magisterio de esos maestros.

Durante su paso por estas dos universidades, las mejores de España, y puede decirse de todo el mundo, Alonso Gutiérrez fue un estudiante ejemplar [...]. Pronto el joven teólogo se acreditó como un buen profesor, consiguiendo que se le calificara entre los maestros más renombrados de aquella benemérita institución [...]. Es muy probable que Alonso Gutiérrez hubiera estado presente en ese solemne acto académico [en que Francisco Vitoria daba entrada al acuciante problema religioso motivado por el descubrimiento de América. Y, citando luego a Francisco Miranda, prosigue] “había escuchado de labios de su maestro Vitoria sus famosas *Relectiones* acerca de los indios, en las que el tema de los habitantes del Nuevo Mundo, había planteado a España los principales problemas del Derecho de Gentes, que el humanismo cristiano de los teólogos españoles y su genio, sembró para la historia de los Derechos Humanos y su reconocimiento universal”

Instalado ya como maestro en la Casa de Estudios Mayores de Tiripeitío, tuvo ocasión fray Alonso de la Veracruz de poner en parangón la lección de sus maestros en Salamanca con las realidades que le salían al paso en la Nueva España. Aquí muchos indígenas vivían en situación verdaderamente precaria, explotados por los encomenderos y forzados a aceptar estructuras religiosas y jurídicas que les eran del todo ajenas. Fray Alonso, como también lo nota don Juan, tuvo entre sus discípulos a don Antonio Huitziméngari, hijo del último señor de los purépechas, asesinado por el siniestro Nuño Beltrán de Guzmán. Con el joven Huitziméngari estudiaron también otros nobles purépechas. De sus labios escuchó también el sabio fraile las desdichas de su pueblo y, conocedor de la lengua purépecha, pudo también entrar en contacto con muchos de los naturales de la Tierra Caliente en Michoacán.

Como lo ha hecho ver Juan Hernández Luna, fray Alonso en su *Relectio de Indis*, y muy en particular al hablar del dominio de los infieles y de la guerra justa, fue mucho más allá que sus maestros Vitoria y Soto. No es este el lugar ciertamente para exponer lo que fueron las reflexiones jurídicas, filosóficas y teológicas que llevaron al fraile agustino hasta poner en seria duda algunos de los argumentos que sus propios maestros habían esgrimido al tratar acerca de la justicia de la conquista y la dominación española. Baste decir que su pensamiento, culminación de las doctrinas formuladas en la Escuela de Salamanca, avanzó aún más en el reconocimiento de la inviolabilidad de los derechos



de los indios, anticipo de la que llegaría a ser enunciación de los derechos humanos.

Así, al lado de Vitoria, Soto, Las Casas, Vasco de Quiroga y otros, hizo contribución fundamental, en estas tierras michoacanas y luego en la Universidad de México, a una doctrina de primordial importancia en el ámbito de la cultura universal. Importa reiterarlo, es ella la de la Declaración de los Derechos Humanos, que siglos después proclamaron la Revolución Francesa y, mucho más tarde, la Organización de las Naciones Unidas.

Creo que he mostrado al menos en parte, por limitaciones de tiempo y de quien esto expone, que el doctor Hernández Luna, infatigable maestro e investigador, en virtud de sus obras y afanes —como los de haber ahondado en la significación del pensamiento de fray Alonso de la Veracruz o en el desarrollo en México de corrientes filosóficas como las del kantismo, el positivismo, el neokantismo, el historicismo y el existencialismo— ocupa un lugar distinguido en la cultura michoacana, en la de México, y también en la que no conoce fronteras, que es la universal. Sus quehaceres de editor de revistas y series académicas de gran valor y asimismo de cientos de millones de libros de texto y, por supuesto, sus múltiples aportaciones como maestro e investigador lo hacen acreedor a nuestro reconocimiento. Por ello mucho me honra participar en este homenaje que se le rinde, precisamente en el Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita, concebido y creado por él.

Como complemento a este homenaje, quiero ofrecerle algo que le prometí cuando lo visité aquí hace un par de años. Le dije entonces que existían varios antiguos textos en náhuatl en los que se habla de los purépechas, su historia y cultura. Me respondió él entonces que debía yo reunirlos y publicarlos. Ahora quiero dar lectura, en honor suyo, a unas pocas muestras de esos testimonios indígenas, escritos por gentes que bien sabían que sus antepasados se habían enfrentado a los purépechas y habían sido vencidos por ellos.

Maestro Hernández Luna, reciba estas versiones del náhuatl como muestra de mi admiración, amistad y gratitud. Comenzaré con la traducción que he preparado del texto que recogió fray Bernardino de Sahagún, en el que se describe quiénes eran los michuaques, es decir los purépechas.





*Huehue cuicat!*

Techtlahuancanotzque  
in Michhuacan, in Zamocoyahuac,  
tihuitzmanato ye timexica:  
¡Tihuihuintique!  
¿Quen man inticauhque  
in quauhuehuetzin, yaotzin?  
¿Quen mach in mochiuhque in mexica,  
in huehuetque xoxocomique?  
¡Aocac quittoa in ye tiquinquequeza ilamatzitzin!  
¡Chimalpopoca! ¡ni Axayaca!  
Te ticauhque in arnocolton Cacamaton  
Tlahuanoyan nontlacactica in amocolton.

Mononotztoque quauhuehuetque,  
in Tlacaelel, Cahualtzin,  
quilmach acanilhque iachcahua,  
cancauhtiquizque teuhthli Michhuacan.  
¿Anozo oncan temactlanque cuecuexteca, in tlatilolca?

In Zacuatzin, in ye Tepantzin, Cihuacuecueltzin,  
in tzontecan ica, yn elelhiquih ica,  
on teachtitoa:  
¡xicaquican!, ¿tlein yequichihua in tequihuaque?,  
¿acocmo mictlani?  
¿aoc tlamannequi?  
In oquimittaque in yoahua  
imixpan hualehua,  
teocuitlatl pepetzcatihuitz,  
in zan quetzalpanitl ytlaxopalehua,  
¡amech ana!,  
¡ma amotzin, ya xontlazacan!

In ma yehuantin telpopotzitzintin  
yehua tlamacaznequi,  
intla ca ye, huan yancazoquic tiquauhchocazque,  
ancazaiquic tecelochocazque,  
in tiquahuehuetque.

*Canto de los ancianos*

Nos llamaron para embriagarnos  
en Michoacán, en Zamacoyahuac,  
fuimos a buscar ofrendas, nosotros mexicas:  
¡Vinimos a quedar embriagados!  
¿En qué momento dejamos  
a los águilas viejos, a los guerreros?  
¿Cómo obrarán los mexicanos,  
los viejos casi muertos por la embriaguez?  
¡Nadie dice que nuestra lucha fue con ancianas!  
¡Chimalpopoca! ¡Yo Axayácatl!  
Allá dejamos a vuestro abuelito Cacamatón.  
En el lugar de la embriaguez estuve oyendo a vuestro abuelo.

Vinieron a convocarse los viejos águilas,  
Tlacaélel, Cahualtzin,  
dizque subieron a dar de beber a sus capitanes,  
a los que saldrían contra el señor de Michoacán.  
¿Tal vez allí se entregaron los cuextecas, los tlatelolcas?

Zacuatzin, Tepantzin, Cihuacuecueltzin,  
con cabeza y corazón esforzado,  
exclaman:  
¡escuchad! ¿qué hacen los valerosos?,  
¿ya no están dispuestos a morir?,  
¿ya no quieren ofrecer sacrificios?  
Cuando vieron que sus guerreros  
ante ellos huían,  
iba reverberando el oro  
y las banderas de plumas de quetzal verdegueaban,  
¡que no os hagan prisioneros!,  
¡que no sea a vosotros, dáos prisa!

A estos jóvenes guerreros  
se les quiere sacrificar,  
si así fuere, nosotros graznaremos como águilas,  
nosotros entretanto rugiremos como tigres,  
nosotros viejos guerreros águilas.



¡amechana!  
Ma amotzin ya xon tlaccacan.

Yaonotlahueliltic,  
in Axayacatl,  
¿cuix ye no huehueyo  
inin netlatoliz in noquapilhua?  
Ayn maca yehuatl, in noxhuiuh,  
can namechcahuazquiz.  
Xochitl mantiuh,  
ica momaquixtia in Huitznahuatl Yaotl.

Onontolcatoc, nontlatlatlaztoc,  
nochichatoc, in nomocolton, in Axayaca.  
Maximotlalican, in antequihuahque,  
amiyahque, maytlecax ypan anhualcholotin, anmotlatizque,  
ica ahuetzi y chiquacol  
yn amocolton in Axayaca.

Ceceppa tetlaocolhuetequiti,  
in yequichihua in yemexica.  
Noxhuihua, in omoxcuinque,  
in nahuitica yniman ic on huehueti,  
chimalli xochitl tomac onmania.  
Auh in nelli mexica, in noxhuiuan,  
cecentecpantica, ontecpanica,  
in huehuehti,  
chimalli xochitl tomac onmania.

Quauhpetlapan,  
ocelopetlapan,  
onehuatica in amocol, in Axayaca.  
Contlachinol pipitztica in Itlecatzin,  
manel yhuiquentel popocatica.  
Aiccehui in chimaltica,  
conehca pehuatica tlacochtica,  
in quixelotica yn Itlecatzin,  
manel yhuiquentel popocatica.

In oc tonnemi tamocolhua,  
y patlahuac in tatlahuh, in totlacoch,



¡Que no os hagan prisioneros!  
Vosotros, dáos prisa.

Yo el esforzado en la guerra,  
yo Axayácatl,  
¿Acaso en mi vejez  
se dirán estas palabras de mis príncipes águilas?  
Que no sea así, nietos míos,  
yo habré de dejaros.  
Se hará ofrenda de flores,  
con ellas se ataviará el Guerrero del sur

Estoy abatido, soy despreciado,  
estoy avergonzado, yo, vuestro abuelo Axayácatl.  
No descanséis, esforzados y bisoños,  
no sea que si huís, seáis consumidos,  
con esto caiga el cetro  
de vuestro abuelo Axayácatl.

Una y otra vez heridos por las piedras,  
los mexicas se esfuerzan.  
Mis nietos, los del rostro pintado,  
por los cuatro rumbos hacen resonar los tambores,  
la flor de los escudos permanece en vuestras manos.  
Los verdaderos mexicas, mis nietos,  
permanecen en fila, se mantienen firmes,  
hacen resonar los tambores,  
la flor de los escudos permanece en vuestras manos.

Sobre la estera de las águilas,  
sobre la estera de los tigres,  
es exaltado vuestro abuelo, Axayácatl.  
Itlecatzin hace resonar los caracoles en el combate,  
aunque los plumajes de quetzal ya estén humeantes.  
No descansa él con su escudo,  
allí comienza él con los dardos,  
con ellos hiere Itlecatzin,  
aunque los plumajes de quetzal ya estén humeantes.

Todavía vivimos vuestros abuelos,  
aún es poderosa nuestra lanzadera, nuestros dardos,



ic tiquimahuiltique in tonahuac.  
Tlacazo ayaxcan in huehuetihua,  
tlacazo ayaxca in huehueyotl.  
Can yenica ninochoquilia, namocol, yn ni Axayaca,  
niquilnamiqui nohuehueicnihuan,  
in Cuepanahuaz, in Tecale, in Xochitlahuan, in Yehuaticac.  
Ma ceme nican hualquizazcan  
cecenteutli,  
pan momaticotinican Chalco.  
Cuecizque inquincuitihuetzi oyohualli,  
yequecizqui yn camilacatzoa teuhtli.

Zanamoca nihuehuetzca,  
namocol,  
anmocihuatlahuizan,  
mocihuachimal.  
¡Tequihuaque huecayuh,  
xinencan!

(Ms. *Cantares mexicanos*,  
Biblioteca Nacional de México, f. 73v-74v )



con ellos dimos gloria a nuestras gentes.  
Ciertamente ahora hay cansancio,  
ahora ciertamente hay vejez.  
Por esto me aflijo, yo vuestro abuelo Axayácatl,  
me acuerdo de mis viejos amigos,  
de Cuepanáhuaz, de Tecale, Xochitlahua, Yehuaticac.  
Ojalá vinieran aquí  
cada uno de aquellos señores  
que se dieron a conocer allá en Chalco.  
Los esforzados vendrán a tomar los cascabeles,  
los esforzados harían giros  
alrededor de los príncipes.

Por esto yo me río,  
yo vuestro abuelo,  
de vuestras armas de mujer,  
de vuestros escudos de mujer  
¡Conquistadores de tiempos antiguos,  
volved a vivir!



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS